



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

# Mayo del 68. Cuando el posconcilio se convirtió en paraconcilio

Es difícil no referirse a la Iglesia, incluso en España, y al Mayo del 68 sin hablar de Benedicto XVI, que ha calificado ese acontecimiento como de una “ruptura” en nuestra historia reciente. En uno de los últimos números de la revista Huellas, del movimiento Comunión y Liberación, Pili Colognesi se preguntaba si la Iglesia había vivido un 68 propio. Nos podemos preguntar, a modo de esbozo inicial, como si de un ensayo más revisionista que continuista, se tratara, si la Iglesia en España vivió un Mayo del 68 propio, cuándo lo vivió, quiénes lo vivieron, quiénes fueron sus protagonistas, qué pusieron en juego.

Hablar del Mayo del 68 sin matices es tan peligroso como generalizar y cometer una injusticia con la realidad. Es posible que el Mayo del 68 fueran muchos mayos de 68. La renovación de la Iglesia, en la dialéctica entre *ressourcement* –retorno a las fuentes de la sabiduría antigua– y *aggiornamento*, no debe confundirse con la ruptura; quizá quienes no entendieron el Concilio Vaticano II en su plenitud fue porque aplicaron las categorías de ruptura donde hubieran debido decir renovación desde la profundización. Por ejemplo, un Mayo del 68 fue gran parte de la confusión que subyacía a una interpretación del Concilio que era más que nada un pretexto que un texto del Concilio. Lo afirma Hans Urs von Balthasar, en su diálogo con el entonces profesor Ángel Scola, en 1986: “Se ha aludido ya al hecho de que muchas cosas en las estructuras preconciliares se habían convertido en corteza inerte. Evidentemente se entendió mal la palabra *aggiornamento*: la Iglesia debía ponerse interiormente en condiciones de afrontar el Mundo nuevo con sus fuerzas más originales. Este *aggiornamento*, en cambio, se tomó como “pretexto” (para decirlo con san Pablo en

Ga 5, 13) para mundanizar la Iglesia. En este punto el Papa y el cardenal Ratzinger tienen absolutamente razón: los desórdenes posconciliares no se pueden achacar al Concilio”. Lo que social y culturalmente se entiende por sustrato cultural del Mayo del 68 es para la Iglesia como un apósito a la corriente errónea de interpretación del Concilio Vaticano II. El posconcilio se convirtió en paraconcilio.

Es posible que pocos se acuerden de los grupos católicos del 69 en Europa: “Comité de Acción para la Revolución en la Iglesia”, “Biblia y Revolución” o el “Comité revolucionario de Agitación cultural” que ocupaban la Iglesia con el reclamo “De Che Guevara a Jesucristo” o “Sacerdotes y laicos, ¿qué estáis haciendo con Jesucristo?”. En aquel otoño de 1968, Pablo VI tuvo que lamentar las “propuestas colectivas”, las “manifestaciones anárquicas” y las “contestaciones globales” y recordar que ante esos fenómenos ascienden a nuestros labios estas palabras de Jesús: “Se tendrá por enemigo a la gente de la propia casa”. En el 68 estábamos en la *Humane Vitae* y en el Credo del Pueblo de Dios.

La profundización, la autenticidad, exigida por el Concilio no parece que se hiciera, por algunos, con el orden exigido por la naturaleza de las cosas. Muestra de ello fue que el primer objeto del deseo de ruptura fue la autoridad. La desobediencia a la autoridad como forma de progreso. En un libro de José Luis Gutiérrez, *“Díselo a la comunidad. Reflexiones sobre la situación de la Iglesia en España hoy”* (1985), paradigmático de muchas realidades, podemos leer el siguiente análisis de las causas de la crisis interna de la Iglesia en España en los primeros setenta: “Tres hechos demuestran la singularidad o, por mejor decir, la novedad desventurada de la presente crisis. Primer dato, la imputación interior –paradójica– que la fe sufre desde dentro de la Iglesia. Segundo hecho, la aparición y desarrollo del denominado magisterio paralelo. Y tercero, la irrupción inesperada del anti-romanismo en la Iglesia en España. Son fenómenos tan íntimamente vinculados entre sí que, en realidad, constituyen tres caras o aspectos de una misma realidad”.

El profesor Joseph Ratzinger, en el prólogo a su *Introducción al cristianismo*, afirmaba: “El año 1968 está ligado al surgimiento de una nueva generación, que no sólo consideró inadecuada, llena de injusticia, de egoísmo y afán de posesión, la obra de reconstrucción tras la Segunda Guerra Mundial, sino que concibió toda la evolución de la Historia, comenzando por la época del triunfo del cristianismo, como un error y un fracaso. Quiriendo mejorar la Historia, crear un mundo de libertad, de igualdad y de justicia, estos jóvenes creyeron que habían encontrado el mejor camino en la gran corriente del pensamiento marxista. Para ello, se pensó en que había que renunciar a

los principios éticos y que se podía utilizar el terror como instrumento del bien. En el momento en el que todos pudieron ver, aunque sólo fuera en su superficie, las ruinas provocadas en la Humanidad por esta idea, la gente prefirió refugiarse en la vida pragmática y profesar públicamente el desprecio por la ética”.

El pasado 25 de junio, Benedicto XVI identificó el Mayo del 68, en un encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Beluno-Feltre y Treviso, con quienes apostaban por la antitradición, diciendo: “La ruptura de 1968, es decir, el inicio o —me atrevería a decir— la explosión de la gran crisis cultural de Occidente. Había desaparecido la generación del período posterior a la guerra, una generación que después de todas las destrucciones y viendo el horror de la guerra, del combatirse unos a otros, y constatando el drama de las grandes ideologías que realmente habían llevado a la gente al abismo de la guerra, habían redescubierto las raíces cristianas de Europa y habían comenzado a reconstruirla con estas grandes inspiraciones.

Al desaparecer esa generación, se veían también todos los fracasos, las lagunas de esa reconstrucción, la gran miseria que había en el mundo. Así comienza, explota la crisis de la cultura occidental: una revolución cultural que quiere cambiar todo radicalmente. Afirma: en dos mil años de cristianismo no hemos creado el mundo mejor. Por tanto, debemos volver a comenzar de cero, de un modo totalmente nuevo. El marxismo parece la receta científica para crear por fin el mundo nuevo.

En este grave y gran enfrentamiento entre la nueva -sana- modernidad querida por el Concilio y la crisis de la modernidad, todo resulta tan difícil como después del primer concilio de Nicea. Una parte opinaba que esta revolución cultural era lo que había querido el Concilio; identificaba esta nueva revolución cultural marxista con la voluntad del Concilio. Decía: “Esto es el Concilio. Según la letra, los textos son aún un poco anticuados, pero tras las palabras escritas está este espíritu; esta es la voluntad del Concilio. Así debemos actuar”.

Y, por otra parte, naturalmente viene la reacción: “así destruí la Iglesia”. Una reacción absoluta contra el Concilio, el anticonciliarismo, y también el tímido, humilde intento de realizar el verdadero espíritu del Concilio. Dice un proverbio: “Hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece”. El bosque que crece no se escucha, porque lo hace sin ruido, en su proceso de desarrollo. Así, mientras se escuchaban los grandes ruidos del progresismo equivocado, del anticonciliarismo, ha ido creciendo silenciosamente el camino de la Iglesia, aunque con muchos sufrimientos e incluso con muchas pérdidas en la construcción de un nuevo paso cultural”.

La Iglesia, los cristianos no podemos olvidar el Mayo del 68, no podemos olvidar la

Historia. Morada de lo eterno y morada del misterio de la iniquidad. El cardenal Tarcisio Bertone, en un reciente aniversario de la Comunidad de Sant Egidio, se refería a aquellos años como “un período histórico turbulento y complejo, impregnado de ideología y de un sentido prometeico de una Humanidad que quería construirse a sí misma y al mundo sin la presencia de Dios o, todavía peor, en contra de Él”.

En España también había desaparecido una generación y había llegado al lugar de la actuación otra. Los finales de los sesenta y los principios de los setenta estaban siendo punto de encuentro de muy diversas realidades políticas, sociales, culturales, religiosas divergentes. En el Boletín oficial del Obispado de Cuenca, 5, mayo de 1986, el obispo José Guerra Campos publicó una Síntesis histórica de la Iglesia en España (1936-1975) que nos puede ofrecer algunos datos interesantes. Hasta que no tengamos una nueva generación de historiadores y de historiografía, una especie de “*Pío Moa*” individual o grupal, para la Iglesia en España contemporánea no tendremos todos los colores de la pintura. Señala don José: “Siempre cuidaron los pastores de mostrar la continuidad con el Magisterio precedente. Ahora es frecuente en el clero español la exhibición de la discontinuidad, cuando no de la ruptura. Hay una presunción de superioridad sobre los Pastores de ayer, al menos por una supuesta mayor libertad e independencia, que muchos católicos no ven confirmada con los hechos. Muchos acusan el “pecado” de la Iglesia del tiempo martirial y rezuman despego reciente hacia los mártires. (...) Con todos esos factores de desunión hieren las raíces mismas de la unidad eclesial, la división persiste años y años y no parece fácil desarraigarla. El que no siempre sea estridente se debe, no a mejoría, sino a cansancio y renuncia al diálogo, enquistados unos y otros en sus posiciones. Por eso crece el desaliento y el retraimiento de muchos, hechos registrados, una y otra vez en los informes oficiales de la Conferencia Episcopal. La crisis se manifestó especialmente en el Apostolado seglar y en el Clero”.

El Mayo del 68 como ideología posconciliar fue también el caso del utopismo, que en la teología, y en la Iglesia, estaba trufado de ausencia escatológica y de Reino de Dios con metodología marxista. Herbert Marcuse, en el discurso dirigido a los jóvenes de la Universidad Libre de Berlín, el 10 de junio de 1967, declaró: “Hemos llegado al final de la utopía, estamos en el comienzo de la posibilidad de realización de aquello que la utopía socialista anticipaba”. La utopía nacía como un anhelo de justicia –la superación del hambre según Ernst Bloch–, amén de hacer el tránsito ya en la sociedad de bienestar al hedonismo cuando se ha acabado el utopismo. ¡Qué bien vendría aquí la reflexión sobre el cristianismo burgués de, por ejemplo, Mounier! ¡Qué bien nos ha venido Benedicto XVI y su siempre nueva teología de la esperanza como cierre

categorial a esta corriente y a esta época de la historia! No debemos olvidar que no hay ni habrá fin del 68 sin Benedicto XVI y su teología de la esperanza.

¿Y en España? Pablo VI, en la audiencia general de 25 de septiembre de 1968, dijo: “¿No es acaso verdad que hoy la juventud está apasionada por la verdad, por la sinceridad, por la ‘autenticidad’ (como se dice ahora)? ¿No existe tal vez en su inquietud una rebelión frente a la hipocresía convencional que a menudo impregnaba la sociedad de ayer?”.

No he encontrado un caso más paradigmático de lo que ocurrió en torno al Mayo del 68 en la Iglesia en España que no debe quedar en el olvido, quizá poco conocido para el gran público: la reforma en la Universidad Pontificia de Salamanca, la Universidad de la Iglesia. Un tiempo, una Universidad, una Iglesia, una teología, un grupo de estudiantes, de entre los cuales hoy algunos son destacados arzobispos y obispos españoles. Quizá no se trate tanto de la influencia del Mayo del 68, más bien debemos hablar del final del Concilio y de la onda expansiva del *leite Otis* de la novedad del posconcilio. Sin embargo todo se juntó en un momento decisivo para la historia reciente y actual de la cultura, de la Iglesia y de la sociedad. Sería difícil entender el presente, incluso el protagonismo de destacadas figuras de la Iglesia en España hoy, sin esa historia. Fue un hecho paradigmático por lo que allí se gestó y por quienes fueron sus gestores. Vayamos a ello.

La reforma de la Universidad Pontificia está ligada a la Visita Apostólica que Antonio María Javierre realizó a la universidad del 12 de enero al 6 de febrero de 1970. Pero esta visita es consecuencia de una serie de hechos, ocurridos desde algunos años atrás. El que fuera rector, don Lorezo Turrado, describe los acontecimientos fundamentales que dieron origen a esta reforma:

“Al hablar de la Facultad de Teología en estos primeros años de la vida de la Universidad, es éste un capítulo que necesariamente hay que tocar. Tras sucesivas fases de tensión, el 3 de diciembre de 1967, los alumnos de Teología deciden la no asistencia a clases, y en el 5 del mismo mes, el Decano de teología declara suspendidas las clases por tiempo indefinido en los cuatro primeros cursos. El día 10 se reúne el Consejo de la Universidad y acuerda solicitar una Visita Apostólica (...)

En el fondo se trataba de un fenómeno que ha sido más o menos general en la Iglesia, es decir, el choque de las nuevas corrientes con la teología tradicional, tan puesto de manifiesto en la Encíclica “*Humani Generis*” de Pío XII. Cuál fue el modo de pensar del profesorado en la Facultad de Teología quedaba bien de manifiesto en la carta que la Universidad (30 de diciembre de 1950), en testimonio de complacencia y adhesión,

envió al Sumo Pontífice con motivo de la Encíclica: "Amor novitatem nostram Universitatem non abripit. Ea enim dum nova placite... pro viribus repulsat... simul tamen scita et adiuvata omnia.. ultro amplectitur et fovet"; esta misma línea de pensamiento aparece en las sugerencias o "Vota pro Concilio Oecumenico" que, al igual que otras universidades, también la nuestra envió a Roma en 18 de abril de 1960. Esta orientación sigue también en los cursos siguientes, y no a todos gustaba. A partir ya de 1963 hay toda una serie de escritos de alumnos contra la teología que se les enseña en las clases, que dicen "desencarnada, incomprometida...", atacando de modo especial a dos profesores (PP. Antonio Peinador y Victoriano Rodríguez) de los que se pide la destitución. Los "informes" más conocidos son los del verano de 1963 al Card. Primado, el "pequeño trabajo" difundido en los primeros meses del año 1965, el dirigido al Card. Garrone en abril de 1966 aprovechando su estancia en Salamanca, y el de los alumnos de tercero de teología en Mayo de 1968, cuando además se declaran en huelga, dado que "las Autoridades no ponen remedio a la situación".

Este documento se centra en la contestación, frase por frase, del escrito de los alumnos, desde la postura de quien tiene "una experiencia de más de 35 años de docencia". La respuesta a las críticas de la concepción de la Teología Moral, de la función de los catedráticos, de las fuentes de la teología y de la pugna de las escuelas teológicas aparece como arma arrojada de una situación, la que se vive en la Universidad Pontificia, de debate entre dos modelos de enseñanza y docencia de la Teología. Un síntoma de la fuerte división que existía entre el profesorado de la Facultad de Teología, como se recoge en el texto de don Lorenzo Turrado: "Efectivamente, dentro del profesorado hay ya fuerte división. En las frecuentes reuniones que durante los años 1967-1969 se tuvieron en nuestra Facultad en orden a la reforma del plan de estudios, tal como, para ir preparando la revisión de la "Deus Scientiarum Dominum" pedía el 7 de octubre de 1966 a todas las Universidades la S. Congregación, no dejaron de aparecer ya bien claras estas diferencias. Sumamente llamativas las de junio de 1969, cuando un grupo de profesores elabora un plan de estudios, que incluso envían a conocimiento de la S. Congregación, dado que, como escribe D. Olegario González de Cardenal (5 de junio de 1969) al Rector Barberena, "al votar en el Claustro la separación de los dos años de filosofía de los tres de teología, nosotros nos vimos de antemano en la posibilidad de colaborar". A este propósito, fijémonos en los firmantes de dicho plan: U. Domínguez, O. González de Cardenal, F. Sebastián, F. Martín, J.I. Tellechea, J. Llopis, C. Floristán, M. Barrientos, A. Rouco, M. Vidal, J. M<sup>a</sup> Gómez-Heras. El 21 de junio de 1969, el decano de Teología, que en esos momentos, es decir, desde el 20 de marzo último, lo era yo, escribía: "No seré yo, desde luego, quien ponga

trabas a que cada profesor manifieste sincera y claramente su criterio, lo mismo por lo que respecta a planes de estudio que para cualquier otro asunto... Es precisamente lo que se ha venido haciendo durante estos últimos meses, en el claustro de la Facultad, para la elaboración del plan de estudios... No tengo conciencia de que se haya tomado decisión alguna sino siguiendo este camino. Si se han rechazado unas opiniones, siempre muy respetables, y se han admitido otras, fue siempre siguiendo el criterio de la mayoría. No obstante, es lógico que el Plan aprobado tenga defectos, y que V. y yo y todos debamos tratar de corregirlos y perfeccionar el Plan lo más posible”<sup>1</sup>.

El Rector Barberena enviará una carta al Card. Garrone, el 4 de diciembre de 1969, declarando que no se opone a una visita apostólica a la Facultad de Teología. El Consejo de la Universidad el 10 de diciembre de 1969 solicita, definitivamente, dicha visita. Con todos los poderes, el Visitador Apostólico, Antonio María Javierre, llegó a Salamanca el 11 de enero de 1970. “No había tiempo que perder. El encargo del Emmo. Sr. Cardenal Garrone sonaba a perentorio: “Que el Señor le bendiga, le dijo al despedirle. Y si en una semana no se abren caminos de solución, dígales bien claro que cerraremos la Universidad”. El Visitador sabía muy bien lo que se jugaba en aquella “semana” que comenzó solemnemente el 12 de enero de 1970”.

La Universidad Pontificia contaba, en aquel entonces, con 1.824 alumnos y 218 profesores. La cronología de los acontecimientos previos a la Visita Apostólica se recoge en el Boletín de la Oficina de Relaciones Públicas de la Universidad. En la asamblea del 3 de diciembre de 1969 de los alumnos de Teología, más de dos tercios de los alumnos decidieron no asistir a clase y exponer sus peticiones a la Conferencia Episcopal reunida aquellos días en Madrid. En esa asamblea se dio lectura a una carta dirigida al Rector por nueve Rectores de Colegios Mayores eclesiásticos, respaldando la postura de los alumnos. El día 5, el Decano de Teología declaró suspendidas las clases en los cuatro primeros cursos de Teología. El día 7, el Decano, el Vicedecano y Secretario de la Facultad de Teología enviaron un informe a la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades, enfocando la situación desde el ángulo disciplinar. Reunido el Consejo de la Universidad el día 11, se tomó la decisión de solicitar la Visita Apostólica. El Rector Barberena hizo unas declaraciones a la Agencia Prensa Asociada, que se publicaron el día 16 de diciembre en varios periódicos de tirada nacional, en las que afirmaba que los factores próximos de la situación eran:

“Hay que mencionar un alumnado inquieto, tremendamente inquieto, que en la

---

<sup>1</sup> *Ibidem.*, 28-29.

enseñanza de la Teología exige un viraje de 180 grados en un tiempo récord, que en buena parte disocia la Teología de un sacerdocio en el que ni piensa por el momento; que lo quiere a la vez y ahora mismo; que al enjuiciar a sus profesores es duro e inflexible y reclama unas exigencias de perfección que estarían más justificadas si fueran acompañadas de una actitud igualmente exigente de perfección propias.

De todos modos, hay que decir que los problemas que plantean los alumnos no son quimeras de su fantasía. Hay profesores para quienes la edad y una línea metodológica cultivada durante toda una vida, significan un obstáculo difícilmente superable para la docencia que se pide hoy. Y también es clara la conveniencia de dar entrada plena en la Facultad a maestros jóvenes de Teología renovada cuya competencia científica y seguridad doctrinal están más allá de toda duda”.

El cuarto Boletín de la Oficina de Relaciones Públicas, de Marzo de 1970, se dedica íntegramente a la Visita Apostólica, que se inicia el día 12 de Enero de 1970, con una misa en la Clerecía. En el discurso que pronunció el Visitador Apostólico se recalca que la visita trataba de llegar a la raíz del problema, no entreteniéndose en mirar al pasado sino preparando el futuro de una vida académica prometedora. La finalidad de la visita se proponía en la formación de un Comisión Especial encargada del régimen de la Universidad hasta la entrada en vigor de los nuevos Estatutos.

El diálogo con la Universidad, y entre los propios miembros de la Universidad, se inició el día 12 de enero y duró hasta el día 21. Autoridades, profesores y alumnos, individualmente o por grupos, desfilaron por el despacho del profesor Javierre, exponiéndole sus puntos de vista. Hubo un gesto significativo. El Rector Magnífico, profesor Barberena, seguido por cuatro de los seis miembros del Consejo de la Universidad, pusieron inmediatamente sus cargos a disposición de la Sagrada Congregación. Los alumnos de Teología, en asamblea celebrada el 20 de enero, dieron su voto de confianza al Visitador.

El 22 de enero, Antonio María Javierre partió para Roma dando por terminada la primera parte de la Visita. De regreso, el día 25, traía consigo el Decreto por el que se creaba la Comisión Pontificia Especial que debía hacerse cargo del gobierno de la Universidad, y en la que aparecían los miembros que la compondrían. Al llegar a Salamanca parlamentó con el Gran Canciller, Mons. Mauro Rubio. Después conversó con los decanos de las tres Facultades principales a quienes dio a conocer los criterios de la Santa Sede por los cuales no iban a formar parte de la Comisión.

En la Asamblea Plenaria de los obispos españoles, celebrada del 5 al 11 de julio de 1970, se tomaron una serie de acuerdos referidos a esa Universidad: La Universidad

Pontificia de Salamanca es, a todos los efectos, la Universidad del Episcopado Español; El Episcopado Español da su consentimiento para elevar a la Santa Sede los Estatutos elaborados por la Comisión especial de la Universidad, a fin de obtener la aprobación prevista "ad experimentum"; La Asamblea aprueba la institución de un organismo con el mandato de hacer eficaz el curso de capacitación del profesorado, aprovechando ya este año las ventajas que ofrecen los Institutos de Monserrat (Roma), Munich y Washington.

¿Fueron estos acontecimientos el Mayo del 68 de la teología y de la Iglesia en España? ¿Hasta qué punto influyeron en la vida de la Iglesia? Es posible que podamos establecer algunos principios, subyacentes al caso que nos ha ocupado. El primero sería el de la autenticidad. Se desarrolló entonces una aspiración a un planteamiento de autenticidad en las cosas, sobre todo en la vida pública. Esta afirmación está conectada con el síntoma de la ambigüedad, incluso del fin de la ambigüedad, que ha explicado no poco de lo que ha ocurrido. El segundo es el de la superación del pasado. Esa época marcó la línea divisoria entre lo que supone la necesaria construcción del presente desde el pasado o la concepción del pasado como rémora, en la medida en que la negación del pasado nos convierte en enemigos del pasado. El olvido siempre encubre una negación del pasado. Ocurrió, por último, que en la práctica se dio una infravaloración teórica y práctica de la experiencia de la autoridad. En la cultura y en la Iglesia, esa negación de la autoridad se transformó en soberbia cultural, en asimilación acrítica de sistemas y formas de pensamientos que no se correspondía con la confesión de fe. El discurso teológico y el cultural subyacente al teológico estaban henchidos de préstamos no contrastados. Von Balthasar escribió en Córdula aquello de: "Echa, pues, mano de la linterna; y a ver si entre tantos profesores hallas por lo menos unos cuantos confesores". El cardenal Höffner, arzobispo de Colonia, el 29 de junio de 1969, en la colegiata de Bonn, con ocasión del sexto aniversario de la coronación de Pablo VI, hizo una profesión de humildad del teólogo en la Iglesia que no se debe olvidar: "La última garantía de la fe es la cátedra de Pedro y no las cátedras de los profesores".

JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA  
UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO